

MICAELA PAREDES. *CEREMONIAS DE INTERIOR*. SANTIAGO:
EDITORIAL CERROJO, 2019: 72 P.

EL ACCIDENTE DEL TIEMPO

Los hechos estadísticos de la biografía de Micaela Paredes aún requieren pocas líneas. Sabemos que nació en Santiago, a mediados de 1993. Sabemos que estudió literatura en la Universidad Católica y luego en Stony Brook. Sabemos que a los 20 años escribió su primer poema en forma. Sabemos que ese poema, escrito a instigación de un profesor cubano, Virgilio López, poeta autor de un estupendo manual de versificación española, la movió a escribir otros poemas. Sabemos que en 2017 publicó *Nocturnal*, con prólogo de Pedro Lastra, y que apenas dos años después lanza su segundo libro, *Ceremonias de interior*. Sabemos que, a diferencia de la mayoría de quienes han escrito poemas en los últimos treinta años, no rehúye la métrica ni los signos de puntuación.

En la poesía de Micaela Paredes no se aprecian huellas de las torpezas del principiante. ¿Desde el inicio fue dueña de sus medios? Lo contrario: desde el principio se dejó guiar por ellos. Sus maestros parecen ser los materiales mismos del lenguaje: el sonido, el ritmo, la gramática, la representación gráfica. Pero no lo únicos. Darío, Cernuda, Mistral y Neruda son sus devociones esenciales. No es casual que esos nombres correspondan a cuatro grandes orfebres del verso castellano. El refinamiento de las formas de muchos poemas de Micaela Paredes es indudable. Buena parte de su virtud deriva de la técnica:

Sitiado en la penumbra surge el canto
de lo que no alcanzó a saberse día,
cuando tus manos huérfanas de tiempo
trazaron la estatura de la muerte
y urdieron en la entraña de la piedra
la voz de lo que no merece un nombre.

Para gustar de esta estrofa, la primera de una impecable sextina, no hay necesidad de entenderla. Importa más la cadencia del fraseo que las imágenes comunicadas. Los mejores versos de Micaela Paredes pueden existir con independencia de la idea que los engendró. Aunque a primera vista resulten herméticos, no pretenden revelar ningún enigma; eluden el riesgo de importunar con oscuridades. Son objetos verbales, definidos, autónomos, como lo podría ser una jaculatoria, un proverbio, un conjuro. Estos por ejemplo:

No esperes más que instantes: las visiones
que ahogan el presente pertenecen
al fuero de la muerte y sus pulsiones.

O estos otros:

Tendría que morirme de mil muertes
distintas; ya distante ver el tiempo,
dejar de ser y regresar mil veces:
nacer, morir y renacer de nuevo
para olvidar la vida en que aún eres
la piedra que no quiero.

En efecto, lo primero que llama la atención de su obra es la admirable precisión de la forma. Lo primero, pero no lo único, pues también cabe ponderar un segundo mérito, opacado por la destreza verbal: la capacidad de conjugar forma y fondo. Unos versos que solo deslumbran por su exterior son como una espléndida llama que no quema. En Micaela Paredes, contenido y lenguaje van de la mano como debiera ocurrir en todo buen poema. Claro que en ella, el fondo brota de la forma y no a la inversa. Aunque la poeta no haya tenido intención de decir algo, eso no aseguró en modo alguno que el poema no diga nada. Octavio Paz, meditando de este asunto, dice lo siguiente: “Las verdaderas ideas de un poema no son las que se le ocurren al poeta *antes* de escribir el poema, sino las que *después*, con o sin su voluntad, se desprenden naturalmente de la obra”. Cada forma secreta su idea. En el caso de Micaela Paredes, la idea del tiempo como pérdida. A través del uso de cláusulas, pie quebrados, encabalgamientos, rimas internas cuyo eco no logra explicitarse; en un constante desdoblamiento entre lo que fue y lo que nunca llegó a ocurrir, la poesía de Micaela Paredes nos recuerda que estamos hechos, en buena parte, de nuestra memoria: el presente del pasado, como la llamó Agustín de Hipona. Y así como estamos hechos de nuestra memoria, al ser incapaces de recordarlo todo, la memoria está hecha, en buena parte, de fomentado olvido.

La memoria: una herida,
accidente del tiempo.
No relamas la piel
del ayer: ese muerto
solo encierra en su carne
el hedor de la huida.

Este libro trata de las muchas caras de la memoria: de la memoria que nos rodea y de la memoria secreta, de la colectiva y de la propia, de los recuerdos que queremos borrar y de los que no se han revelado aún, pero que sin embargo reconocemos en los momentos de indefensión. Trata de las imágenes que nos pueblan cuando cerramos los ojos y del mundo que habitamos cuando dormimos. Trata de los recuerdos que se ocultan a la actividad diurna y de las formas en que reaparecen durante el trabajo creativo. Trata de la memoria que conservan la piel y los huesos, y de esas huellas indocumentadas que, pese a no tener un nombre que darles, punzan tanto como los dolores que alguna vez recibimos. Trata del miedo, de la ansiedad, del desamparo. También trata de esa otra memoria, conformada por la tradición y la literatura, que nos recuerda que escribir en buena medida es un ejercicio contra el olvido. *Ceremonias de interior* es un libro sobre cómo opera la memoria, cómo negociamos con ella, por accidente la habitamos y, sin éxito, la ignoramos.

Juan Cristóbal Romero
Escritor